De Picota a Ágora. La transformaciones del Pelourinho (Salvador, Bahía, Brasil)

María Auxiliadora da SILVA
Delio J. Ferraz PINHEIRO

> *Pelourinho, do* tronco *onde os negros escravos eram castigados. Das sacadas dos grandes sobrados, então residências ricas de Senhores de Engenho, de nobres do Recôncavo, as sinhazinhas contemplavam os negros no chicote, as costas em sangue, pagando pelos malfeitos, era uma diversão.*
>
> Jorge Amado

> *Pelourinho, símbolo de uma área mais vasta, se transforma numa verdadeira* ágora *da Cidade do Salvador, onde as classes pobres finalmente têm voz. Por enquanto são cânticos, amanhã podem ser os brados, os discursos políticos, a começar pelo discurso da cidade que nós devemos elaborar.*
>
> Milton Santos

El Pelourinho es un imponente conjunto de manzanas integrante del Centro Histórico de la antigua Ciudad de Salvador da Bahia, y constituye la más importante colección de arquitectura colonial barroca de las Américas. Tras conocer tiempos de esplendor y miseria, de indiferencia y abandono y, por último, de restauración de su grandeza histórica, la urdimbre del Pelourinho circumscribe un largo período que se inicia y confunde con el origen de la Ciudad de Salvador, la más antigua aglomeración urbana brasileña, que durante 214 años fue la sede del gobierno colonial de Portugal (1549-1763) y durante tres siglos fue la ciudad más importante de la América portuguesa.

Para recorrer los caminos del Pelourinho se exige la construcción de una «geografía urbana retrospectiva» que no dispensa de la colaboración de la historia. No se puede entender una ciudad, un barrio antiguo, un lugar, si no se comprende su pasa-

Traducción del portugués de Pilar Bosque Sendra.

do. Además, en el espacio del Pelourinho los símbolos y significados del pasado se entrecruzan con los del presente. Pasado y presente se plasman como en los versos del poeta Antonio Machado: *Y algo de ayer, que todavía vemos vagar por estas calles viejas!*

1. EL NACIMIENTO DE LA CIUDAD DE SALVADOR DE BAHÍA DE TODOS LOS SANTOS

A mediados del siglo XVI, Don Juan III, «el colonizador», rey de Portugal, entendiendo de los enormes defectos que el sistema de Capitanías Hereditarias comportaba para la colonización del vasto territorio brasileño, resolvió sustituirlo por un Gobierno General. Con dicho propósito, determinó la fundación de la ciudad-fortaleza de Salvador para que fuera la *Cabeza del Brasil*, la sede administrativa y militar de la Colonia. En cumplimiento de esta determinación regia, el día 29 de marzo, un viernes de principios de otoño, del año 1549, las proas de una armada portuguesa, bajo el mando del capitán mayor Tomé de Souza, penetraron en las aguas dulces y tranquilas de un gran golfo, llamado la Bahía de Todos os Santos casi medio siglo antes por Américo Vespúcio.

Debido a las necesidades de protección frente a los ataques por mar (de extranjeros) y por tierra (de indios) y ante las exigencias de unas instalaciones portuarias y de los requisitos higiénicos (abundancia de agua, aire y luz), la Ciudad de Salvador se levantó en el dorso de una pendiente abrupta —un acantilado de cerca de 70 metros de altura— inclinada sobre las aguas de la bahía. La solución de tipo acrópolis, adoptada para la implantación de la ciudad recuerda los criterios encontrados en la cultura urbanística de la era helenística y en las civilizaciones cristiano - medievales, que solían enclavar sus ciudades en los puntos más elevados de las márgenes marinas o fluviales, y las dotaban de un puerto para una más fácil comunicación con la Metrópolis, «la ciudad-madre». La elección del sitio de Salvador determinada, principalmente, por el factor defensa pesaría mucho sobre la vida urbana en todas las etapas de su evolución.

La ciudad de Salvador se construyó, así, en dos planos. En lo alto, en la plataforma de la pendiente, se erguía el núcleo matriz mirando hacia poniente; comprendía una plaza cuadrada —la Plaza del Palacio (la actual Praça Municipal o de Tomé de Souza)— que era el Centro Administrativo y donde se construyeron los edificios públicos (el Palácio dos Governadores, Casa da Câmara e Cadeia, Casa da Relaçâo e da Moeda) y se abrieron cinco calles, las tres mayores son longitudinales (Rua Direita do Palácio, la actual rua Chile; la rua da Ajuda y rua dos Capitâes, la actual de Rui Barbosa). Los Jesuitas levantaron, en una placita, la Capilla de Nossa Senhora da Ajuda, la Sé de Palha, que por mucho tiempo fue la iglesia parroquial de Salvador. En la estrecha franja de playa, entre el acantilado y el mar, se localizó el Barrio de la Playa, el «Povoamento da Praia» o «Ribeira das Naus», donde se construyeron los alojamientos (barracones) de los técnicos y los obreros, las oficinas, los depósitos, la Casa dos Armazéns y los baluartes de la playa. Al tratarse del

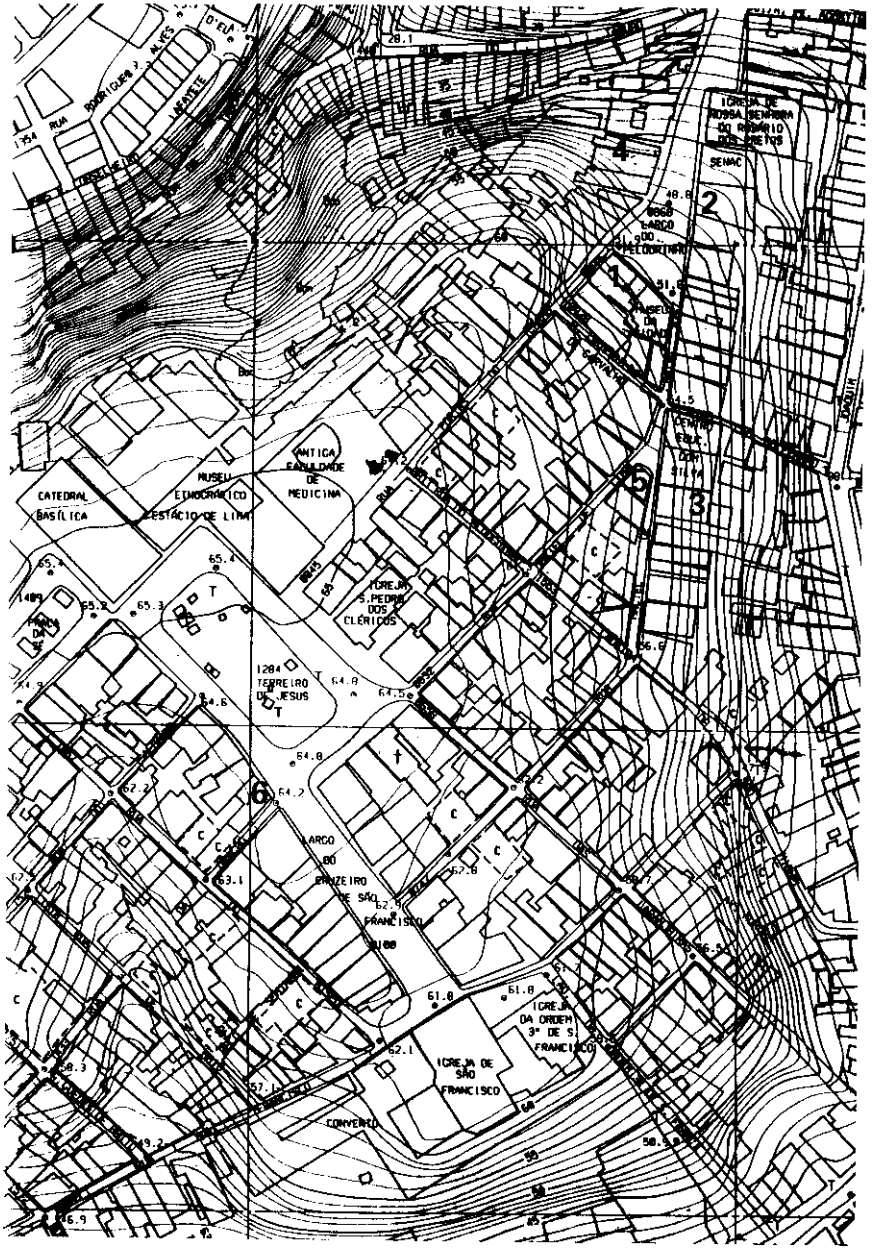


Figura 1.—Centro histórico de Salvador, Bahía, Brasil.

1. Fundação Jorge Amado.
2. Casa do Bloco Afro Olodum.
3. Inst. Patrimônio Artístico e Cult. Bahía (IPAC).
4. Emtursa (Turismo).
5. Estação Pelô (Café).
6. Cantina da Lua (Café).

apoyo logístico para la construcción de la ciudad, este área se desarrolló más al principio, y allí se levantó la ermita de Nossa Senhora da Conceiçâo (da Praia), la patrona del Gobernador General Tomé de Souza.

Separando el Centro Administrativo del Pueblo de la Playa, se erguía, mirando hacia la bahía, la cara erosionada del acantilado que, en realidad, constituye los 60-80 metros superiores de una gran falla geológica que corta la ciudad en dirección suroeste-nordeste. La ligazón entre los dos planos fue posible gracias a los tortuosos caminos abiertos en la empinada ladera, entre los que destacan el Caminho da Conceiçâo (hoy denominado Ladeira da Gameleira) y el Caminho do Carro (la actual Ladeira da Preguiça).

Las casas de la ciudad primitiva eran rudimentarias, hechas de *taipa* (muros de barro amasado con estacas y varas de madera) y cubiertas con paja de palmera. No es exagerado decir que la naciente Salvador era una ciudad de tapial y paja. Para proteger a los habitantes de los posibles ataques de los indios (*tupinambás*), se rodeó la ciudad de una empalizada de madera e, inmediatamente, de «una buena y gruesa tapia». Esta empalizada que bordeaba los límites de la ciudad y le daba el carácter de *Ciudad-Fortaleza*, seguía la empinada ladera hasta el puerto. Es interesante mencionar que Lewis Munford, una de las mayores autoridades mundiales en el estudio de la cultura urbana, afirma en su libro *A Cidade na História (La Ciudad en la Historia): A diferencia de la ciudad griega, en la que las murallas era algo en lo que se pensaba con posterioridad, la ciudad romana comenzaba con dicha muralla.*

Marcando, respectivamente, los límites meridional y septentrional de la ciudad, se levantaban dos puertas fortificadas, la de Santa Luzia (en el actual cruce de la rua Chile con la Praça Castro Alves) y la de Santa Catarina (en el inicio de la actual rua da Misericórdia). Estaban defendidas con baluartes que apuntaban sus piezas de artillería hacia el mar y hacia los intransitables terrenos adyacentes.

Haciendo una panorámica retrospectiva, se puede resumir la fisonomía urbana de la Ciudad de Bahia, tal y como la levantó, en 1549, el Caballero de la Casa Real y Maestro de Obras Luis Días, siguiendo las directrices (*traças e amostras)*, es decir, los diseños y planos de construcción) traidas desde Portugal, en la siguiente forma: una tosca y rudimentaria población de casas bajas de tapial, cubiertas con paja (incluido el «Palacio» de los Gobernadores), con cinco calles, una plaza y una placita en la parte superior, y en la base de la ladera una única calle con construcciones pequeñas y toscas. Toda la ciudad con el suelo desnudo, con el barro rojo al descubierto. Y rodeando la ciudadela, una empalizada de tapial. Esta imagen revela que la población no se diferenciaba mucho de una aldea india.

La circunstancia de haberse asentado en un sitio de difícil y peculiar topografía, aunque por un lado favorecía la defensa, por otro, obligaba a que la ciudad se construyera en dos planos. Esta condición hizo que surgieran las denominaciones de Cidade Alta y Cidade Baixa (Ciudad Alta y Ciudad Baja) que todavía perduran. Aprovechando este movimiento natural, el urbanismo futuro levantará una ciudad obra de arte, considerada como uno de los más bellos paisajes del mundo.

La ciudad-fortaleza del siglo XVI tuvo sus límites condicionados por las exigencias topográficas: al oeste, un escarpado acantilado y el mar de la bahía de Todos os Santos; en los límites norte y sur, depresiones estrechas o gargantas; al sur, este y norte, un profundo barranco por donde fluían, mansamente, las aguas del Ribeiro (más tarde río das Tripas) hacia el océano Atlántico.

La ciudad de Salvador mandada fundar por el rey Don Juan III y levantada bajo el mando del Capital mayor Gobernador General Tomé de Souza ocupaba un área de casi veinte hectáreas y tenía cien casas y casi mil almas.

2. LA EXPANSIÓN DEL ÁREA URBANA

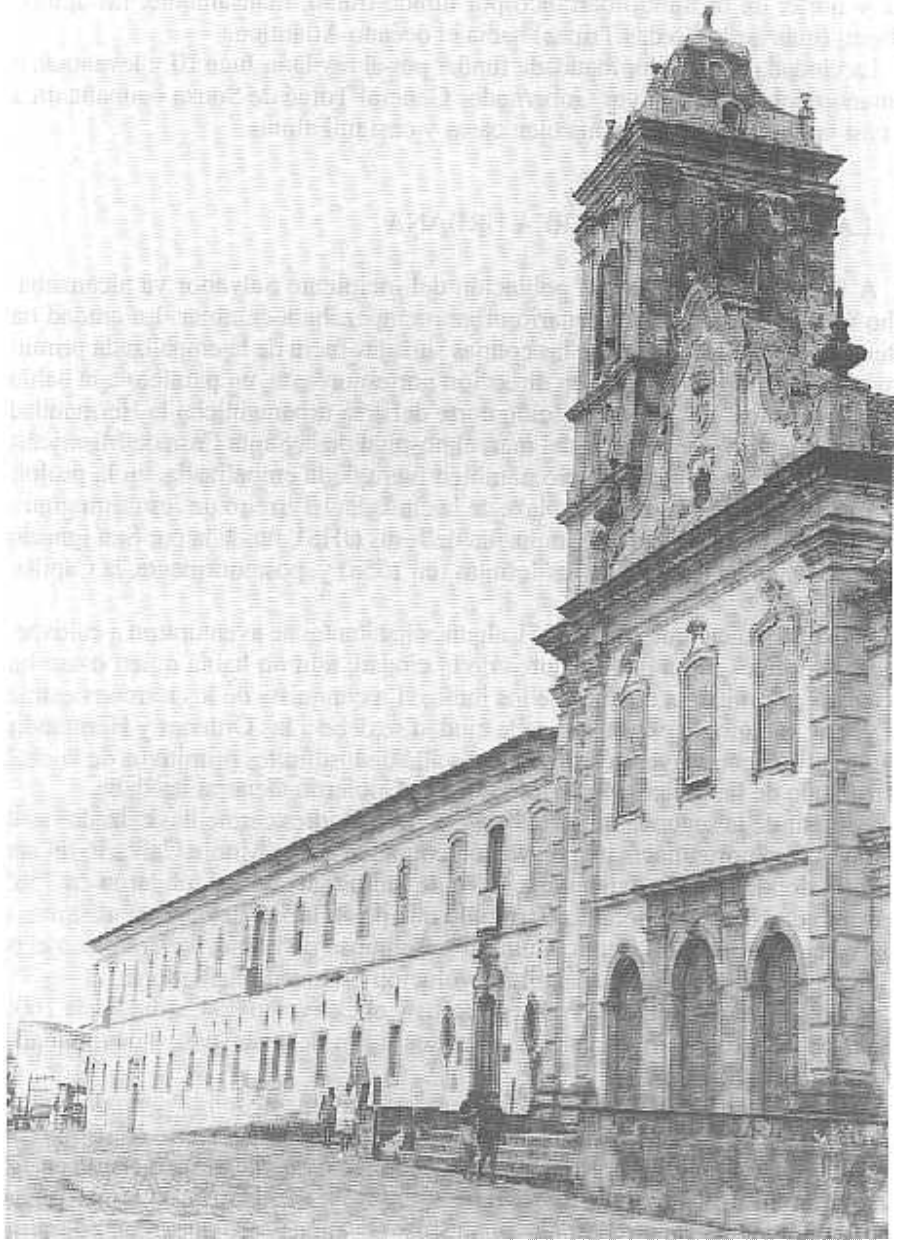
A finales del siglo XVI, la población del incipiente Salvador ya alcanzaba los ocho mil habitantes y su escenario urbano empezaba a cambiar. La ciudad había extendido sus tentáculos sobre las colinas situadas fuera de la empalizada primitiva, y había avanzado sobre todo en dirección norte-nordeste, en paralelo a la bahía de Todos os Santos. En la prolongación norte del área urbana inicial la Hermandad de Clérigos construyó, en el lado del mar, el hospital de la Santa Casa de Misericórdia. A poca distancia de este edificio, también fuera de la empalizada, en la prolongación N-NE, se abrió la segunda plaza de la ciudad, el Terreiro de Jesus, un gran rectángulo en el que la poderosa Compañía de Jesús (JHS), fundada por San Ignacio de Loyola, levantó el Colegio de los Jesuitas (en 1558) y, posteriormente, la Capilla del Colegio.

Hay que indicar que desde 1551 algunos habitantes se aventuraron a cultivar jardines y vergeles fuera de los muros de la ciudad; aún no había quien osase hacer viviendas por miedo a ataques de los indios. La conquista de los terrenos extramuros y, por lo tanto, la expansión de la ciudad se debe a las Órdenes y Hermandades religiosas que construyeron edificios más allá de los límites primitivos de la ciudad, disfrutando de las vastas concesiones que el Gobierno General les daba.

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, los padres carmelitas calzados se dirigieron más al norte, hacia una elevación conocida como Monte Calvário (el actual Carmo), donde todavía existía una aldea de indios salvajes, y fundaron en 1585 el convento de Nossa Senhora do Carmo, lo que posibilitó el llevar la ciudad más allá del Terreiro de Jesus, el Centro Cultural y Religioso de Bahía, y ejerció con el paso del tiempo un importante papel en la evolución urbana de Salvador.

En ese espacio entre el Terreiro de Jesus y el Convento do Carmo hacia 1600 se empezó a desarrollar un área urbana que, dos siglos después, pasó a denominarse el Pelourinho.

Hay que mencionar que la ciudad también experimentó, en la segunda mitad del siglo XVI, una prolongación hacia el sur, aunque menos intensa si se relaciona con la expansión hacia el norte-nordeste. Los benedictinos que llegaron a Bahía en 1581, levantaron en una elevación fuera de los límites de la Puerta de Santa Luzia el monasterio de São Bento, bastante modesto en la época pero que, hoy, es un imponente monumento religioso que domina la cima de la Ladeira de São Bento. Al



Iglesia y Convento do Carmo.

igual que ocurriera con el Carmo, el espacio vacío que rodeaba dichos conventos se fue ocupando de forma gradual y conformó los nuevos barrios de la ciudad. A pesar de la importancia de este vector de crecimiento hacia el sur, su estudio cae fuera del objetivo de este artículo. Hay que mencionar que el crecimiento transversal, esto es en sentido este-oeste, encontró obstáculos naturales: el pantano o el «foso» del Ribeiro (al este) y el acantilado y el mar (al oeste).

Transcurridos cincuenta años de su fundación, la ciudadela del siglo XVI había experimentado importantes transformaciones en su geografía urbana. Con las construcciones externas al núcleo matriz, el monasterio de los frailes benedictinos en un sitio prominente en el sur y el convento de los carmelitas calzados en el Monte Calvário, al sur, las primitivas puertas de la ciudad-fortaleza se cambiaron de sitio y se llamaron, respectivamente, Porta de Sâo Bento y Porta do Carmo. Esta última se llevó en fecha imprecisa al lugar donde actualmente se encuentra el Largo do Pelourinho.

La ciudad de las «casas de sopapo» ya había dado paso a construcciones más sólidas, hechas con piedra y cal, y en algunos casos con un nuevo muro-empalizada, y algunas edificaciones de tapial de mortero (tapial de cascajo y arena y grava amasados); se comenzó a esbozar la encantadora imagen urbana que la ciudad de Bahia heredará de los tiempos coloniales.

Aunque en sus principios la ciudad de Salvador delineaba un trazado ortogonal de las calles —cartesianismo que sigue claro actualmente en el Velho Centro—, la necesidad de adaptarse a las peculiar topografía del lugar y, tal vez, las soluciones espontáneas adoptadas por los habitantes permitieron modificar la pauta rígida del trazado de las calles y le conferirá a la ciudad la delicada belleza de la asimetría. Por otro lado, en Salvador, se observa desde el siglo XVI, la aparición de «plazas múltiples» (la Praça do Palácio, el Terreiro de Jesus y el Largo lindante con la Sé de Palha). Esta concepción se contrapone a la mayor rigidez urbanística española de América del Sur que previamente trazaba sus ciudades nuevas de acuerdo con los principios establecidos por las Leyes de Indias, modificadas en 1523, en el tiempo de la conquista de México. Por eso, en las ciudades coloniales españolas, se observa la cuadrícula regular de las calles, en forma de tablero de ajedrez, y las manzanas de las viviendas totalmente rectangulares de forma, y las calles largas desarrollándose en torno a una plaza central, denominada *plaza mayor o plaza española*. Esta pauta es común en las diversas ciudades del Nuevo Mundo, ejemplos son el *Zócalo*, la plaza central de Ciudad de México; la *Plaza de Armas*, en Lima (Perú); la *Plaza Murillo*, en La Paz (Bolivia); la *Plaza Independencia* o *Plaza Mayor*, en Quito (Ecuador); la *Plaza Independencia*, en Montevideo (Uruguay) e, incluso, la *Plaza de Mayo*, en la capital argentina.

El procedimiento de las «plazas múltiples» adoptado en Salvador permitirá, poco tiempo después, que en el espacio del Centro Histórico aparezcan el Largo de Santo Antonio más allá del Carmo, el Largo do Carmo, la Praça dos Quinze Mistérios, el rectángulo frente a la Iglesia de San Francisco, la Praça da Sé, el Largo de Sâo Bento y el Largo do Pelourinho. Estas plazas y espacios, además de posibilitar una mayor circulación del aire y de la luz, constituyen una agradable interrupción en

Largo do Pelourinho, a la derecha la Iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos, y al fondo, la Iglesia do Carmo.

el bloque de viviendas y garantizan una visión más amplia de un edificio monumental, generalmente de arte religioso, y realzan su efecto arquitectónico.

No sería muy osado suponer que la fisonomía urbana que Salvador iba a tener parece configurar la utopía urbanística lusitana de convertir la ciudad de Salvador en la «Lisboa de América». Este sueño no declarado se hace realidad cuando se contemplan en la actualidad las movidas fachadas de estas dos ciudades, respectivamente, desde la bahía de Todos os Santos y desde el amplio estuario del Tajo, o cuando se camina por las estrechas calles y los múltiples callejones y callejuelas flanqueados por severos y melancólicos caserones en el Pelourinho o en el barrio de Alfama. Los visitantes extranjeros que pasaban por Bahia a finales del siglo XVIII, la hallaban una copia de la ciudad de Lisboa, pues además de ser una ciudad edificada sobre un relieve accidentado, con una sucesión de colinas y valles, tenía unas calles estrechísimas y un laberinto de callejones como en los antiguos barrios de la capital portuguesa.

Hasta finales del siglo XVI, el barrio aristocrático de Salvador se encontraba en torno de la Praça do Palácio, el núcleo matriz de la ciudad. Sin embargo, como ya se ha referido, la ciudad se extendió en dirección norte-sur, sobre todo hacia el norte, y no pasará mucho tiempo antes de que la élite emigre hacia ese vector preferencial de expansión. *Pero era más natural que lo hicieran hacia el norte, ya que sus moradores no podían, estando ligados como estaban al comercio y a las tareas de la caña de azúcar en el Recôncavo, apartarse del puerto, de las mansas aguas de la*

bahía, que podían alcanzarse con mayor facilidad, desde lo alto, desde aquellas bandas que desde el sur (Oliveira, W., 1994). El puerto era el epicentro de la ciudad, y el puerto se desarrollaba hacia el norte.

Impulsada por el desarrollo de la economía azucarera del Recôncavo, la ciudad-puerto crecía y se extendía sin ningún plan global. El crecimiento de Salvador en aquella época se debía a la atracción ejercida por el puerto, aliada a las disponibilidades de las grandes áreas pertenecientes a las Órdenes y Hermandades religiosas.

3. DEVASTACIÓN Y OPULENCIA

El siglo XVII en Bahia está marcado por las invasiones holandesas. Las constantes intentonas de los flamencos de la Compañía de las Indias Occidentales por apoderarse de la sede del Gobierno General de Brasil, tuvieron como consecuencia natural la intensificación de las construcciones de fortificaciones en lugares estratégicos, para asegurar una mejor capacidad defensiva de la ciudad. En un corto espacio de tiempo, la ciudad asistió a la proliferación de las edificaciones militares en pro de su defensa.

A pesar del reforzamiento de su aparato defensivo, la Ciudad de Bahía será holandesa desde el 10 de mayo de 1624 hasta el último día de abril de 1625. Durante dicha ocupación, los holandeses restauraron las fortalezas para su propio uso y estancaron las aguas que corrían por el barranco al este de la ciudad (río de las Tripas), dando origen al Dique de los Holandeses. La construcción de este dique fue para impedir el paso a las tropas de la resistencia por ese flanco de la ciudad. Como de hecho las tropas portuguesas tuvieron dificultades para atravesar esta barrera de agua, permanecieron a sus márgenes, haciendo posible el inicio de la ocupación de la línea de cumbres en el este, de donde surgirán los barrios de Saúde, Palma y Desterro, que circundan parte del área del Pelourinho. En este barranco (Vale) nacerá, en la segunda mitad del siglo XVIII, la Baixa dos Sapateiros. Por otro lado, los incipientes barrios de São Bento y del Carmo fueron devastados, cuando los holandeses quemaron y destruyeron casas, incluido el «barrio» del Pelourinho, para dejar espacio libre y fortificar la ciudad que acababan de tomar. De estos lugares sólo quedarán prácticamente los conventos de São Bento y de los Carmelitas en el Monte Calvário. Incluso fue en un viejo salón (encima de la actual Sacristía) del Convento do Carmo donde los holandeses firmaron la rendición. Este acto protocolario, sin embargo, no librará definitivamente a Salvador de las incursiones holandesas. En 1638, el conde Mauricio de Nassau, que llegara a la colonia un año antes para convertirse en el gobernador civil y militar del Brasil, intentó tomar la ciudad de Bahia. Esta intentona fracasó gracias al decisivo papel desempeñado por las fuerzas locales asediadas en el Fuerte de San Antonio, más allá del Carmo, de reciente construcción. Los holandeses siguieron —aunque sin éxito— acosando Bahia hasta finales de la década de 1640. En el agitado período que se cerraba, Salvador no vió mucha expansión del área urbana, a no ser la ocupación de las cimas orientales del Centro Histórico. Claro está que tampoco se

registró expansión alguna en el incipiente «barrio» del Pelourinho, que constituía el escenario de dichas contiendas.

Alejado el peligro holandés con el regreso de Mauricio de Nassau a Holanda y, después, con la expulsión de los flamencos de Brasil, la ciudad de Bahia volvió a crecer. Tras la reconstrucción de las áreas damnificadas y de la aparición de nuevas fortificaciones, la Bahia experimentará una expansión urbana sin precedentes en su historia, debido a la prosperidad del cultivo de la caña de azúcar en el Recôncavo, con producción para consumo y exportación, y el inicio del importante ciclo de explotación minera de oro, con explotación de minas en los actuales municipios de Jacobina y Rio de Contas, que se reflejaron con fuerza en el desarrollo de la ciudad. Además, Bahia pasó a ser en 1720, la sede del Virrey. Los Gobernadores-Generales se llamaron Virreyes. Es un período de opulencia que atravesará el siglo XVIII, y entrará en la historia como la «Edad de Oro» de la ciudad de Salvador. Se calcula que entre 1600 y 1872 se construyeron veinte mil casas en Bahia. El área del Pelourinho sufrió profundas transformaciones: las casas construidas con materiales frágiles se sustituyeron por otras de una mayor calidad constructiva, aunque se mantuvo el antiguo trazado de calles. En la construcción de este caserío se utilizaron las piedras de Lisboa, que llegaban como lastre en los navíos, y las fachadas se decoraron con azulejos de Portugal. En los sobrados conviven los Senhores de Engenho (Terratenientes) (en los pisos superiores) y los esclavos (en el bajo). Se restauraron los edificios públicos. La negra mano de los esclavos pavimentó las principales calles con gruesas piedras que se llamaban «corazón de negro». Las estrechas calles, en realidad las laderas, que suben y bajan buscando la cima de las colinas, estaban flanqueadas por caserones que habían unido las paredes laterales y formado sobrias manzanas coloniales. La planta barroca está basada en esta manzanas. En una de estas manzanas se yergue el Solar do Ferrâo (en la actual calle Gregório de Matos), con sus portones blasonados, digna expresión del arte colonial portugués. A lo dicho, la movida topografía del lugar ofrece la ventaja estética de proporcionar en todo momento un paisaje diferente.

Un aspecto urbano muy interesante también se observa en el Terreiro de Jesus y en su rectángulo adyacente, al fondo, en los que confluyen siete estrechas calles en un sistema de desembocadura perpendicular a la línea de visión; vistas desde el Terreiro, todas esas calles parecen ocultarse.

El Pelourinho y su entorno inmediato fueron los lugares elegidos por casi todas las órdenes religiosas para levantar sus Conventos e Iglesias. Proliferan las magníficas construcciones del arte monumental religioso, en una sucesión de torres y fachadas que agradan la vista; sobre la pequeña capilla de los Padres de la Compañía de Jesús en el Terreiro se erguirá la Basílica Catedral, con su fachada de mármol y las tres altas puertas rematadas con los santos de la Compañía: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja y San Francisco Javier, el patrón de Salvador. También en el Terreiro de Jesus, se encuentra la Iglesia de Sâo Pedro dos Clérigos y la Iglesia dos Terceiros de Sâo Domingos, de finales del siglo XVII. Junto a esta iglesia presumía haber nacido el gran poeta satírico Gregório de Matos e Guerra (1633-1696), o «Boca del Infierno», un hijo de Terrateniente, que pusiera en verso las contradicciones de la sociedad bahiana del siglo XVII en el soneto «A Cidade da Bahia»:

Triste Bahia! Ó quâo dessemelhante / Estás e estou do nosso antigo estado! / Pobre te vejo a ti, tu a mi empenhado. / Rica ti vi eu já, tu a mi abundante / A ti trocou-te a maquina mercante, / Que em tua larga barra tem entrado, / A mim foi-me trocando, e tem trocado. / Tanto negócio e tanto negociante. / Deste em dar tanto açucar excelente ... . Esta sátira gregoriana, que expresa el *pacto colonial* (las colonias son áreas de explotación), la ha cantado bajo el título de «Triste Bahia» el compositor Caetano Veloso, el mayor exponente de la poesía bahiana contemporánea, y con todos los méritos Doctor *Honoris Causa* por la Universidade Federal da Bahia.

Al fondo de la plaza rectangular del Terreiro se construyeron una casa conventual y la Iglesia de Sâo Francisco (1686), que una vez demolidas dieron paso a las actuales, inauguradas a mediados del siglo XVIII. Al lado de la majestuosa Iglesia de San Francisco con sus excesos barrocos y su interior ornado de oro, se irguió, en 1701, la Iglesia de la Orden Tercera, cuya fachada en estilo plateresco español, recuerda el delirio churrigueresco de las iglesias de México y Perú.

Entre la plaza del Terreiro y la calle da Misericórdia, donde se construyó una bellísima iglesia (Iglesia da Misericórdia) junto a la Santa Casa, se abre el Largo da Sé, un espacio amplio que, en el pasado, abrigara a la Iglesia da Sé, orgullosa de sus enormes piedras negras, tal vez el monumento religioso más impresionante de Bahia, desde cuyo púlpito el padre Antonio Vieira hablara en el siglo XVII. A pesar de su importancia histórica y monumentalidad, el urbanismo avasallador de los años 1930 demolió la iglesia para readaptar el centro antiguo a las exigencias del transporte moderno. El mismo destino tuvieron la iglesia de Sâo Pedro Velho, situada junto al Convento de Sâo Bento, y la vieja Iglesia de Ajuda, la Sé de Palha, en los primeros día de la ciudad. ¡Triste Bahia!

También se construirán en el área del Pelourinho: la iglesia do Carmo e Terceiros de sua Ordem, la parroquia del Passo, la actual Iglesia do Santíssimo Sacramento do Passo, con su monumental escalinata de tres cuerpos, que une la calle do Passo con la Ladeira do Carmo, y dónde en 1962 se rodara la película «O Pagador de Promessas», premio Palma de Oro del Festival de Cannes; la iglesia de Nossa Senhora do Boqueirâo, con sus altas puertas almohadilladas abriéndose hacia la calle Direita do Santo Antonio y hacia la Ladeira do Boqueirâo; y la pequeña capilla de San Miguel. Bajando del Terreiro de Jesus en dirección a lo alto del Carmo, las calles-cuestas desembocan en una inusitada plaza-cuesta triangular que surgiera tras la demolición de las Puertas do Carmo, hacia 1780. En el lado recto de esta plaza oblicua y avanzando hacia la alineación frontal de los severos caserones coloniales, se yergue la iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos, la Iglesia del Pelourinho, con una extraña e imponente fachada azul y unas torres que recuerdan el estilo indiano, construida por una cofradía de negros angoleños y congoleños, esclavos y libertos. Tantas iglesias ... porque el arte monumental es, sobre todo, una expresión de poder.

Tantas son las iglesias de esta Ciudad de Bahia que un día el novelista Jorge Amado, Obá (ministro) de Xangô, escribió: *Dice la Leyenda que la Ciudad de Salvador contaba con 365 iglesias, una para cada día del año. Tal vez los que hablaban de 365, contaban iglesias ya desaparecidas pero que todavía viven en la*

Vista frontal de la Iglesia do Passo, con su escalinata en tres cuerpos.

memoria del pueblo como la de la Sé o la antigua Iglesia da Ajuda (...). Tal vez no sean tantas, ¿pero qué importa? Nunca se sabe lo que es verdad y lo que es leyenda en esta ciudad. En su misterio lírico y en su trágica pobreza, la verdad y la leyenda se confunden. (Amado, J., 1977).

La opulencia económica del siglo XVIII que hiciera posible esta «fiebre» constructora de templos religiosos dió origen a la leyenda: ¡una iglesia en honor a un santo para cada día del año! Es posible que el número estuviese en torno a doscientas. ¿Pero qué importa? Esta es una tierra de dioses católicos y dioses africanos, una ciudad de totalidades complejas, donde el sincretismo de su pueblo funde a los santos católicos y a las divinidades africanas. Dioses y Orixás. Una realidad que se mezcla y se confunde. Así, a los innumerables templos católicos se suman más de 1.100 terreiros de candomblé para la evocación de los dioses católicos-africanos: Omolu/San Lázaro; Xangô/San Jerónimo; Iansâ/Santa Bárbara; Ogun/San Antonio; Oxossi/San Jorge; Oxalá/Cristo de la Buena Muerte ...

La Iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos es emblemática en el sincretismo religioso de Bahia: de esta iglesia salió el entierro de Mâe Sehnora, la mayor Yalorixá (mâe-de~santo) de Bahia, y allí, en 1938, se veló el cadáver de Mâe Aninha, la fundadora de Axé Opô Ofunjá, uno de los terreiros más tradicionales de la ciudad.

4. PELOURINHO: LA PICOTA

En la plaza-cuesta donde se encuentra la iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos se clavó, en 1807, un pelourinho (picota), un tronco de madera o columna de piedra de cantera, con grandes argollas de bronce, donde se ataban y azotaban a los esclavos desobedientes, expuestos al escarnio público. A partir de la colocación de la *picota*, la plaza-cuesta pasó a llamarse *Largo do Pelourinho*. Esta denominación perdurará hasta nuestros días, en que el estamento oficial le da el nombre de Praça José de Alencar, nada merecido, en homenaje al notable novelista cearense y Ministro de Justicia, fallecido en 1877, y autor de *O Guarani* e *Iracema*. Permanece el nombre de Largo do Pelourinho porque así lo quiso el pueblo de Bahia. Una lección muy clara que siguen sin aprender los mandatarios que insisten en sustituir los viejos nombres de las calles, cargados de historia, por los topónimos-homenajes dictados por el tributo burocrático. Hay que recordar que una ciudad es una acción que se inicia en el pasado, y que su propio espacio se encarga de contar la historia. Prevalece el Largo do Pelourinho porque, como afirma el poeta y filósofo norteamericano Ralph Waldo Emerson, *la ciudad es memoria*.

Cabe aquí hacer referencia a la nómada vida de la Picota, ese vil instrumento de suplicio: hasta la segunda mitad del siglo XVI, *la picota* estuvo expuesta en el núcleo-matriz de la ciudad, en la Praça do Palácio, frente a las trece ventanas del noble edificio de la Casa da Câmara e Cadeia, como símbolo de la «autonomía» y «justicia» de la ciudad. Poco después, en 1602, se llevó al Terreiro de Jesus; sin embargo, debido a los gritos de los esclavos azotados que perturbaban las misas y ceremonias religiosas de la Compañía de Jesús, a petición de estos religiosos, el rey

Caserío del Largo do Pelourinho, al fondo se ve la Iglesia do Passo.

Don Juan V mandó cambiar, en 1727, tan vil instrumento de castigo a la Puerta de San Benito. Ochenta años después, en 1807, *la picota* se clavó en el Largo do Pelourinho, dónde permaneció cerca de tres décadas. En 1835, el Pelourinho se retiró de la plaza y no se volvió a levantar en la ciudad. Pero, *la picota no perderá su condición de instrumento de represión y su uso sólo se abolirá en 1886. Cierto es que una normativa de 1830 prohibe sobrepasar los 50 latigazos en cada castigo. Entonces las sentencias de 400 y 300 latigazos se dividirán en varios días, ante el peligro de matar al esclavo, lo que generalmente ocurría cuando la pena se aplicaba de una vez* (Queirós, Mattoso, K., 1982).

Es significativo que la permanencia de la *picota* en el Largo do Pelourinho (1807-1835) coincida con el período de insurrecciones urbanas de los esclavos en la ciudad negra de Bahia —el 52% de la población era negra, casi toda esclava; el 28% «pasaba» por blanca, y cerca del 20% era mulata. Estas insurrecciones esclavas se inician, en 1807, con la rebelión dirigida por los Haussás y se cierran con la «Revolución (o Rebelión) de los Malês», en que los esclavos vuelven a utilizar exclusivamente el *quilombo* como medio de protesta y liberación. Así, los años que median entre 1807 y 1835, es decir entre la erección de la *picota* y su retirada del Largo do Pelourinho, delimita también el ciclo de las insurrecciones esclavas urbanas que conmovieran la Ciudad de Bahia. También es muy interesante el hecho de que en el mismo año en que se plantara la picota en el Pelourinho, cerca de allí, se levantara una cruz de mármol monolítica frente a la Iglesia de San Francisco, que aún sigue. Hay mucho significado invisible en el espacio visible del Pelourinho.

El espacio elegante de la ciudad, la zona residencial de ricos y aristócratas, morada de barones y terratenientes, el «barrio» del Pelourinho, alcanzó su apogeo durante el siglo XVIII, período que dejará la mayor herencia de su arquitectura colonial. Fue una época tan intensa, que los comportamientos, hábitos y actitudes no desaparecieron rápidamente, sino que se divulgan hasta los primeros años del siglo XIX. Un tiempo lento en que los hombres y mujeres de medios circulaban, sin prisa alguna, por el laberinto de callejas y callejones —que tal vez se hicieran estrechos a propósito para suavizar el fuerte calor del trópico— o, se paraban a hablar en la sombra generosa de las monumentales iglesias, o incluso a la sombra de los frondosos árboles de los jardines, gozando de la dulce brisa de los vientos procedentes de la bahía. Los hombres, con vestimenta de terciopelo, seda o damasco, con levitas y largas corbatas de seda; las mujeres con exquisitos vestidos de inspiración europea, recargados de lujo y exceso, con corpiños, chales y joyas. En el calor tropical de las calles, se afanaban los negros de chaqueta y sombrero alto pero con pies descalzos, cargando en sus fuertes hombros, heredados de la labor atávica, a los burgueses y nobles en sillas de manos profusamente adornadas con tallas y dorados. Poblaban también las calles, bellas mujeres negras traidas a la fuerza desde la Costa de Mina, en Angola, en Mozambique y, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, de la bahía de Benin, con sus sayas de vuelo y camisas finamente bordadas que realzaban los turgentes senos, por donde se derramaban collares y trencillas. En la cabeza, largas bandas de telas de

Iglesia del convento de San Francisco, al frente se encuentra la Cruz de Mármol (Terreiro de Jesus).

colores (turbantes) como una especie de alegoría a sus sueños y pensamientos de libertad conquistada. Así era el Pelourinho, el corazón de la mayor ciudad negra fuera de África.

En la segunda mitad del siglo XVIII, el cultivo de la caña empezó a declinar entre otras razones por el inicio de la producción de azúcar en el Caribe y las Guayanas. La aristocracia se empobrece. Y a finales del siglo XVIII sufre otro duro golpe: la decadencia del esclavismo.

Hacia mediados del siglo XIX, los barrios elegantes se irán hacia el promontorio del entonces arrabal de la Victoria, donde se asentarán los palacetes y casas de campo de la nueva élite de banqueros y comerciantes (hasta de ingleses adinerados por el comercio de importación y exportación). Pero el Pelourinho resistirá. Desde hace tiempo llegan a la zona de forma gradual artesanos y pequeños comerciantes. Florecían en el «barrio» las casas de joyas, zapatos, arreos y muebles, las tipografías, las tiendas de imágenes sagradas, de lozas, tabernas, pedrerías o casas de curas, e incluso una librería, cuyas puertas se abrían hacia el Largo do Pelourinho. Junto a estos pequeños comerciantes —muchos de los cuales eran extranjeros (italianos, sirios y libaneses)— también se instalaron, en las plantas bajas de los antiguos caserones coloniales, diversos artesanos: orfebres, plateros, doradores, hojalateros, tallistas, escultores, zapateros, sastres, barberos, cordeleros, silleros y

latoneros. Los comerciantes residían en los pisos superiores de las casas y destinaban el bajo a su comercio al por menor. Así con la salida de la aristocracia empobrecida y, posteriormente, de la nueva élite de los grandes comerciantes, el Pelourinho dejó de ser zona residencial exclusivamente y se transformó en un barrio de función residencial y comercial.

A finales del siglo XIX, el área la escogió una élite cultural, la reciente clase de los bachilleres y doctores que fijaron allí su residencia, y donde los médicos abrían sus consultas, al estar próximos a la Facultad de Medicina que funcionaba en el antiguo Colegio de los Jesuitas. El médico Antonio José Alves, profesor de la Facultad de Medicina, fijó allí su residencia e instaló su consulta. Se trataba del padre del gran poeta abolicionista bahiano Castro Alves, quien también vivió durante una época en el Convento de San Francisco. También vivió en el Pelourinho, Edgard Rêgo dos Santos, quien en 1946 fundará la Universidade Federal da Bahia, y será su primer Rector. Estos y otros médicos constituían un contingente de alta categoría social, que incluía también a integrantes del clero, altos funcionarios de la administración pública, oficiales de las guarniciones militares, miembros de la magistratura; en fin, una élite cultural que tuvo su residencia en el área del Pelourinho, entre 1880 y los primeros años del siglo XX.

El Pelourinho, con sus conventos, palacios y caserones, resiste a las ofensas del tiempo bajo la secular protección de las altas torres de sus iglesias barrocas, y sobrevivirá al olvido de sus creadores. Son estas formas de arte urbanas las que mejor indican las transformaciones del lugar.

En 1890, Salvador albergaba una población de 200.000 habitantes y seguía siendo la mayor ciudad de Brasil, a pesar de que ya hace tiempo había dejado de ser la capital del país que, en 1763, pasó a Río de Janeiro.

A finales del siglo XIX, la ciudad experimentó una fuerte expansión con la implantación de los transportes colectivos regulares, al principio con las líneas de tranvías con tracción animal (1866) y, después, con tranvías modernos (eléctricos) que posibilitaron la irrupción en nuevos espacios. De esta época data la migración de los comerciantes ricos hacia la estrecha meseta denominada «Corredor da Vitória», un antiguo camino rural donde todavía permanecen diversos palacetes como el actual Museo Costa Pinto. También se establecieron barrios cada vez más apartados del Centro Histórico, y la ciudad avanzó hasta alcanzar en el fondo de la península a los suburbios ferroviarios. Comenzó a surgir un nuevo modelo urbano. Se modernizaron los vínculos entre la Ciudad Alta y la Ciudad Baja, con la construcción de los ascensores de Toboão (1886) y del Elevador Lacerda, al principio hidráulico (1869) y más tarde eléctrico (1979).

A principios de este siglo, se asiste a la introducción del automóvil (1901) y del tranvía eléctrico (1904). *El inicio del proceso de mecanización de la vida cotidiana tuvo una gran influencia sobre la estructura interna de la ciudad. Con la llegada del tranvía, en las últimas décadas del siglo XIX, las clases altas metropolitanas, que hasta entonces vivían próximas a las clases populares, consiguen la movilidad espacial lo que acarreará una primera desocupación del área [del Pelourinho]* (Santos, M., 1995).

5. DESCOMPOSICIÓN SOCIAL Y DECADENCIA FISICA DEL PELOURINHO

En las primeras décadas del siglo XX, los moradores tradicionales del Pelourinho que ocupaban una posición social importante en la sociedad bahiana comenzaron a abandonar el área, bien porque optaran por los nuevos barrios más nobles, bien porque al sufrir la crisis financiera, no pudieran mantener sus costosos inmuebles. Si, en el pasado, la conservación de estos inmuebles era posible gracias a la propia dinámica social del área, por la abundancia de recursos de sus acomodados propietarios, o por la secular explotación de la mano de obra esclava, a partir de los años 20, que se corresponden con un período de paralización de la economía bahiana que perdurará hasta 1940, estos inmuebles coloniales se deteriorarán y perderán valor.

La clase pobre, atraída por los bajos alquileres de los envejecidos caserones y por la centralidad del área —próxima al centro administrativo, político y comercial de la ciudad—, pasó a constituirse en el nuevo actor social en el escenario del Pelourinho. Con el paso del tiempo, los nobles palacios y los elegantes caserones sufrieron un proceso de subdivisión interna, pasando a amparar a decenas de personas y, nada raro, a más de cien personas. La degradación continua de los caserones los transforma progresivamente en la vivienda colectiva de las clases pobres. Se convierten en «casas de departamentos», burdeles, «castelos» (habitaciones de alquiler para las prostitutas y sus clientes), en suma, en «cortiços» (edificio que alberga a muchas familias pobres o colmenas), «pardieiros» (edificios viejos o en ruinas). Prostitutas, vagabundos, marginales, traficantes y contrabandistas de drogas, pervertidos, gigolós, homosexuales decadentes, ladrones de poca monta, chulos, conviven curiosamente en casas con blasones de familias nobles o de órdenes religiosas esculpidos en las fachadas. La dramática realidad de la pobreza convive con los emblemas nobiliarios. Esta comunidad marginal, socialmente mutilada, pero de una densa humanidad, vive en el abandono y en la miseria en esta escuela de la vida —*la Universidad del Pelourinho— en la que nunca hay festivos.* (Amado, J., 1977).

En 1928, un jovencito de quince años llamado Jorge Amado, procedente de las «Terras do Sem Fim» del cacao, vivió en la buhardilla de uno de los caserones más altos de la calle Alfredo de Brito, que actualmente es el Hotel Pelourinho. Este viejo caserón será el escenario de la novela *Suor* (1934), escrita por este joven que se convertirá en el escritor brasileño más popular. La dura realidad social que Jorge Amado vivió se incorporará para siempre en su futura obra de ficción de renombre internacional, y el peculiar espacio del Pelourinho será el escenario de muchas novelas suyas, cuyos personajes casi siempre los sacará de entre los vagabundos y prostitutas del área: por los callejones y pendientes del Pelourinho, el babalorixá (Pai-de-Santo) *Jubiabá* (1935), con su camisa bordada, y hablando en *nagô*, era reverenciado por los negros y mulatos de Bahia; en los inciertos atardeceres vagaba por la plaza-cuesta soltando tacos y fumando colillas de cigarro el cruel Pedro Bala, jefe de los *Capitães de Areia* (1937); en la Iglesia do Rosário dos Pretos se casó la sensual y alegre *Dona Flor (e seus Dois Maridos)* (1964), y *Os Pastores da*

Noite (1964) bautizaron a Felício, el niño rubio de ojos azules del Negro Massu, Ogâ (sacerdote) y Compadre de Ogum; por las estrechas callejas del barrio el «hombre de bien» Joaquim Soares da Cunha conquistó la libertad y se convirtió en *Quincas Berro D'Água* (1959), el rey de los vagabundos de Bahia; por las esquinas y rincones del Pelourinho, se veía la figura corpulenta del Ojuabá Pedro Archanjo, que en *Tenda dos Milagres* (1969) personificó la resistencia de la religiosidad negra de la Ciudad de Bahia; en Maciel, en el corazón del Pelourinho, la hermosa *Tereza Batista Cansada de Guerra* (1973) dirigió una huelga de prostitutas. En el Pelourinho nacieron y vivieron Rosa Palmeirâo; la bella prostituta Marialva y el cabo Martin; Mestre Lírio; Budiâo; Eduardo Ipicilone, con toda su prosopopeya; el gran bohemio Vadinho y el circunspecto Dr. Teodoro, los dos maridos de Dona Flor; la gran dama y Madama «Maezinha» Tibéria; Curió; Baldo; Joâo Grande; Antonio Balduino; Sem Pernas, Boa Vida, el juerguista Zé Camarâo, Jesuino Galo Doido, Arlindo Bom Moço, Barnadâo, el descuidero Cravo na Lapela y otros muchos de entre los cientos de personajes que la imaginación del escritor Jorge Amado captó y recreó en las calles de Bahia. Este apego al realismo de la ciudad amada nos recuerda a Charles Dickens, autor de vistas del Londres del siglo XIX, con sus proletarios y miserables. A propósito, Jorge Amado siempre asumió la influencia de Dickens en su obra.

En la década de 1930, la dura realidad del Pelourinho se agravó aún más. Los burdeles de la ciudad que estaban concentrados, hasta principios de siglo, en la Rua de Baixo (que prolongada pasó a llamarse calle Carlos Gomes) se cambiaron por un orden de la Delegación de Juegos y Costumbres al Pelourinho. El conjunto de manzanas con sus caserones coloniales se transformó, oficialmente, en el «Baixo Meretricio», o sencillamente, en la «Zona», en el «Mangue», en la «Brega» y, sin ironía o menosprecio, en el «Puterio», como lo llamaba el pueblo humilde de la ciudad de Bahia. Llega así, al Pelourinho, la más aguda fase de decadencia moral y social, hasta el punto que los pocos moradores que se mantienen en el lugar se verán forzados a pintar en las fachadas de sus residencias carteles: «Aquí Vive una Familia», «Residencia Familiar», «Casa Familiar». Sin embargo, decadencia no es un término desprovisto de ambigüedad. Aunque, por un lado, expresa de forma eficaz las condiciones de miseria y promiscuidad de la comunidad del Pelourinho, por otro lado, no puede olvidarse que la convivencia cotidiana con un exceso de realidad no estereotipada, posibilita que la vida local encuentre un clima favorable para explotar la cara más peculiar, plena de amores, alegrías, infortunios y aventuras no comunes. La cara y cruz de la miseria. Este escenario de lirismo trágico inspirará a poetas, historiadores y novelistas que denunciarán esta realidad social cruel en mensajes llenos de amor y comprensión por los marginados de este submundo del vicio, la prostitución, el crimen y la miseria. Sus callejas y callejones recibieron un bautismo popular, ya que pertenecen a la geografía personal de sus moradores. Las designaciones pintorescas dadas por la espontaneidad de sus habitantes serán substituidas por los próceres del futuro por otras denominaciones que ocultan la verdadera historia del lugar: Gavetâo (la actual Francisco Muniz Barreto), Açouguinho (hoy J. Castro Rabello),

Beco do Mota (Leovigildo Carvalho), rua da Ordem Terceira (Inácio Accioli), rua Santa Isabel, Beco do Mijo, Laranjeiras, rua das Flores, Ladeira de Sâo Miguel (actual Frei Vicente) y tantas otras nacidas de la imaginación popular. Las casas de las «mujeres de la vida» también tenían nombres dados por el pueblo: Cabaré da Zazá, Castelo de Mâezinha, Pensâo Glória, Cabaré de Cléria, Pensâo Americana, Pensâo da Libânia, Pensâo do Gabi, Portinha do Céu y Buraco Doce; ésta era una casa en el número 6 de Maciel de Baixo —la actual rua Gregório de Matos—, donde se encontraba un prostíbulo diferente de los demás porque amparaba a meretrices liberadas del gran prejuicio moral de las prostitutas del Pelourinho y practicaban sexo anal con sus clientes. Sobre esta inusitada casa de prostitutas, escribió el periodista y escritor Anísio Félix: « ... *las mujeres que trabajaban en el Buraco Doce no podían trabajar en otras «casas» porque tenían mala fama. El inmueble donde funcionaba el Buraco Doce sigue siendo hoy propiedad de la Santa Casa da Misericordia. Los religiosos de la vecindad tal vez no sospechasen que sodoma y gomorra también habitaban allí*» (Félix, J., 1995). En aquellas calles, cabarés y «casas de tolerancia» de nombres poéticos vivían *personas reales* cuyos apodos por los que se les conocían se parecen a los de los personajes salidos de las novelas de Jorge Amado, y en tal sentido la semejanza de sus historias con las de los personajes de tales novelas no es mera coincidencia: Manoel Calçola, Pedro Cem, Carabina, Valdiê, Vadinho, Pedro Porreta, Edite Cavalâo, Zacondina, Nego Fua, Budi, Edvaldo Grande, Nair Chapéu-de-Palha, Paulo Santanás, Joâo Cambâo, Mundinho Danado, Jorge Boca, Pisquila, Alípio Farinha Fina, Rouxinho, Dé Marré, Gengibre, Ana Maloca, Maria do Paninho, Boneco das Facas, Arigoffe, Mirandâo, Xaveco, Nilza Rojâo, ...

En su tesis de doctorado por la Universidad de Estrasburgo (1958), publicada un año después entre nosotros como libro con el titulo *O Centro da Cidade do Salvador*, el laureado geógrafo Milton Santos trazó un diseño bien claro del contenido y de las condiciones sociales de los moradores del Largo do Pelourinho en la década de 1950. A pesar de que refleja la realidad y las lamentables condiciones de vida de los moradores de la plaza- cuesta, hay que tener en cuenta que el área estudiada en dicha tesis se encontraba en una fase menos avanzada de decadencia y deterioro que «la zona de prostitutas» adyacente (Maciel de Baixo y Maciel de Cima). Así, la información obtenida permite una visión más amplia sobre la decadencia de la calidad urbana en el espacio del Pelourinho y permite, incluso, comprender las razones que impidieron que una nueva generación de inmuebles sustituyera al viejo caserío en ruinas, situado a pocos minutos del centro comercial de la ciudad (rua Chile, Misericordia, Praça de Sé), cuyos inmuebles estaban sobrevalorados, debido *«a las prohibiciones legales creadas para proteger el entorno y asegurar una buena perspectiva de los monumentos, para así preservar la fisonomía histórica de esta parte de la ciudad. En ciertas calles de la ciudad vieja, exactamente entre la Praça da Sé y el Convento do Carmo, está prohibido construir casas con más de un numero determinado de plantas. Esta restricción descorazona a los empresarios que descubren una buena razón para invertir en otras partes, incluso aunque el terreno o la demolición sean más*

caros; allí pueden construir edificios de varias plantas y esa operación es mucho más rentable. Así se explica la expansión del centro comercial hacia el sur. La defensa del lugar ejerce, así, un papel de autentica barrera a la expansión de los edificios malos hacia el norte!». (Santos, M., 1959). Por consiguiente, estas normativas legales que impidieron que los inmuebles del Pelourinho se demolieran y la colonización de los rascacielos, sin embargo, no consiguieron paralizar la constante degradación de dichos inmuebles hasta que alcanzaron el grado de ruinas urbanas.

En cuanto a las condiciones sociales, dice el Profesor Milton Santos: «*Las condiciones de vida eran miserables. El 67 % dormía con 3 o más personas en la misma habitación. Había casos aún más extremos, como el de los niños cuyo cuarto servía de dormitorio a seis, siete o incluso ocho personas. De éstos, el 18% no dormía en camas. Apenas el 55% disponía de servicios sanitarios personales, aunque fueran en mal estado, salvo excepciones. (...). Casas que antaño albergaran una sola familia y sus esclavos o criados sufrieron un proceso de subdivisión cada vez más avanzado; se convertían en salas y cuartos demasiado pequeños, en verdaderas celdas, separadas por paredes de madera. En estos cubículos no había luz, ni aire ni la más mínima higiene. La vida en estas colmenas era un verdadero infierno y las diversas familias que ocupaban la misma planta tenían que utilizar un único baño y una única letrina. Escaleras podridas, tarimas agujereadas, paredes sucias, techos con goteras formaban un cuadro común en toda esa zona degradada. (...) La mayor parte de las familias que habitan en este paseo público, es decir el 60%, no son originarias de la ciudad, y se alojan de cualquier forma en el centro de la ciudad* (Santos, M., 1959).

A finales de la década de los años cincuenta, se intentó llevar el «barrio de las prostitutas» hacia la Ciudad Baja o hacia la zona marítima, aunque, sin grandes resultados. Un censo del «barrio» registró, a mediados de 1960, una población estable de 4.937 personas.

Es muy interesante lo que el Profesor Milton Santos constató sobre la evolución urbana del viejo centro de la ciudad: «*hay que admitir que dentro de un tiempo (...) este barrio lo colonizarán los rascacielos, que expulsarán además a las actividades menos importantes hacia la periferia, es decir, moviendo el* frent *pionero. Esta evolución encontrará obstáculos en aquella zona donde esté prohibido construir sin unas ciertas reglas [reglamento de protección]. Esto provocará la tendencia a conservar el mismo estado de cosas, si no se produce una intervención directa del poder público. Este es el caso del Pelourinho.* (La cursiva es nuestra.) (Santos, M., 1959).

6. PELO, EL ÁGORA DE LA CIUDAD

Las primeras ideas sobre la necesidad de una intervención física para la recuperación del acervo arquitectónico del Pelourinho aparecieron en los años 1930, durante una Semana de Urbanismo. Pero, un gesto concreto en tal direccion sólo aparecería tres décadas después, en 1959, cuando el actual IPHAN - Instituto del Patrimonio His-

tórico y Artístico Nacional, un organismo del gobierno federal, adoptó las primeras medidas de protección y realizó algunas obras de recuperación de los monumentos históricos. La primera intervención física de mayor amplitud se esbozó en 1967 al constatarse el potencial real de la zona para el desarrollo turístico; así, el gobierno del Estado de Bahia creó el 13 de septiembre de 1968, la Fundación del Patrimonio Artístico y Cultural, el actual IPAC - Instituto del Patrimonio Artístico y Cultural de Bahia. Con la creación de este órgano se elaboró un primer proyecto de recuperación del área, con la idea de restaurar la plaza-cuesta y las dos calles-cuesta de acceso a la misma a partir del Terreiro de Jesus, es decir las actuales calles Alfredo de Brito y Gregorio de Matos. Se creía que una vez que se restaurasen estas áreas se generaría una dinámica capaz de fomentar la recuperación del entorno del viejo Centro Histórico de la ciudad. A pesar de estas ideas, el proyecto apenas se implantó de forma parcial y las perspectivas de recuperación no se concretaron. Hay que mencionar que en aquel mismo año, un consultor de la UNESCO visitó Salvador, y solicitó al Gobierno Estatal un estudio socio-económico del Pelourinho (concluido en 1969) para valorar la posible implantación en el área de uno de los mayores centros turísticos de América del Sur, teniendo en cuenta que el Pelourinho es «la más importante colección de arquitectura colonial barroca de las Américas», tal y como se escribe en dicho informe.

En los últimos veinte años se han desarrollado ciertas tímidas acciones en el Pelourinho; se han realizado tres recuperaciones de fachadas del caserío y otras intervenciones patrocinadas separadamente por las tres esferas de gobierno (el federal, el estatal y el municipal), se han instalado allí algunos organismos públicos, y hasta una sucursal del banco estatal. En 1978, se inició el único Plan Director para el área, que no se ha finalizado.

El área del Pelourinho permanecía así pues abandonada, y el caserío sin mantener, con lo que ha alcanzado un elevado deterioro; se ha registrado la pérdida de más de treinta edificios anuales debido a derrumbamientos e incendios. El barrio-monumento estaba destinado a desmoronarse, si no se concretaba un proyecto de intervención.

En diciembre de 1985, la UNESCO inscribe el área y declara el Pelourinho *Patrimonio Cultural de la Humanidad*. Frente a la escasez de recursos propios y al no obtener financiamiento externo, el Gobierno Estatal no puede iniciar los necesarios proyectos de restauración de este patrimonio en peligro de desaparecer, con sus ejemplares de casas de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Por fin, en 1991, la firme decisión del Gobierno Estatal unida a la resuelta voluntad de su gobierno produjo las condiciones para la recuperación del área a través de un ambicioso proyecto que se costearía con los recursos propios del Estado. Las prioridades establecidas permitieron aplicar de forma concentrada en un corto espacio de tiempo un importante volumen de recursos, lo que posibilitó que un gran número de edificios se recuperaran de forma simultánea al utilizarse la manzana como unidad de intervención. Esta audaz intervención, dentro de un marco de acción gubernamental, se programó para ejecutarse en diez etapas, la última de las cuales llegaría hasta el área histórica de San Antonio, mas allá del Carmo. Con la consolidación de las inversiones programadas, entre 1992 y 1994, se recuperaron

Obras de restauración de los caserones de la Ladeira do Carmo.

356 inmuebles, equivalentes a cuatro etapas del proyecto, que absorbieron un total de 24,9 millones de dólares estadounidenses. La quinta etapa, ya iniciada, comprenderá la recuperación de 188 inmuebles, con un costo de 18,3 millones de dólares estadounidenses.

En la recuperación de los inmuebles individuales, las realizaciones se llevaron a cabo mediante préstamos sin intereses integrales o parciales, donaciones de otros bienes o una indemnización directa; los edificios recuperados se dedicaron casi todos ellos al comercio y los servicios. A cambio de las mejoras practicadas por el gobierno, los antiguos propietarios de los inmuebles cedieron al Gobierno Estatal una planta (generalmente la baja) o parte del edificio para su gestión en préstamo durante diez años. En consecuencia, el 30% de los inmuebles restaurados pertenecen al IPAC, es decir al Gobierno del Estado. Mediante este sistema, el gobierno estatal pasó a mantener el control del área.

Desde el punto de vista social, el proyecto optó por mover la población que vivía en las colmenas, en esos «asilos de miseria». Está claro que este movimiento, que cambió radicalmente la composición social del área, generó fuertes controversias ya que supuso la exclusión social del 90% de sus antiguos moradores. En las etapas iniciales se han movido a 454 familias con un coste en indemnizaciones de 500.000 dólares estadounidenses, según aparece en los informes del gobierno del Estado. La mayor parte de los moradores de la antigua comunidad emigró hacia diversas partes de la ciudad, sobre todo, hacia los bordes fronterizos con el área recuperada; la calle 28 de setembro (la antigua rua do Tijolo) constituye un claro ejemplo ya que allí están concentrados cerca del 70% de los «desterrados del Pelourinho», como los definiera un sociólogo. Hay que hacer referencia a los moradores que resisten en el área y que se alojan en una pequeña favela denominada *Rocinha*, situada en la parte trasera del caserío restaurado de la rua Alfredo de Brito, en la ladera que mira hacia la bahia de Todos os Santos. En las calles y callejones que no han sido intervenidos, aún persisten las condiciones infrahumanas de antes, lo que fácilmente se puede observar desde las ventanas de algunos caserones recuperados o desde un mirador existente en el interior del Hotel Pelourinho. Esta población deambula por el área como vendedores ambulantes (de bebidas, cacahuetes, café, requesón, cigarros, insignias del Sehnor do Bonfim, collares de cuentas). Los antiguos moradores vuelven para ejercer actividades informales como las ya mencionadas o de guardacoches. En el Pelourinho, apenas existe un 9% de viviendas.

Con tan gran reforma, el Pelourinho se ha re-funcionalizado y reintegrado en la vida de la ciudad; se ha transformado en un centro turístico de calidad y en uno de los principales centros de ocio y cultura de Salvador. En la actualidad, allí se concentran restaurantes, bares, estudios de artistas, galerías de arte, heladerías, tiendas artesanales, boutiques, tiendas de confección, «brechos», elegantes joyerías y tiendas de piedras preciosas, bancos, tiendas de objetos de arte, decoración y regalos, cafeterías, bistrôs, hospitales, una feria de artesanos, y un gran numero de equipamientos culturales, sobre todo museos. Hay en funcionamiento más de 300 empresas, que producen empleo y renta. En el segmento de la micro y pequeña empresa, el 63% dan empleo de 1 a 5 personas; el 16,1% de 6 a 10, y sólo un 6,4% tiene de 11 a 20 empleados. El 11,2 % no tiene empleados. Parte de estas empresas la financió el gobierno estatal a

Convivencia en las estrechas calles del Pelourinho.

través del Banco de Desarrollo, y hasta 1994, ya se habían financiado cerca de 50 empresas, utilizando recursos por un valor de 3,0 millones de dólares estadounidenses. Casi todos los nuevos empresarios del Pelourinho están afiliados a la ACOPELO —Asociación de Comerciantes de Pelourinho — que además de defender los intereses de los asociados promueve eventos culturales que se suman al intenso programa de ocio y cultura patrocinado por el gobierno estatal, a través del IPAC.

En los solares de antiguos caserones se han creado otras cuatro grandes plazas, además del viejo Largo do Pelourinho, y allí se realizan espectáculos musicales y otros acontecimientos. Así han nacido nuevos espacios de ocio que han recibido los nombres de personajes: Largo Tereza Batista, Largo Quincas Berro D'Água, Largo Pedro Archanjo y Largo Jubiabá, sacados de las novelas de Jorge Amado, el escritor que, desde «*Suor*», ha retratado la mísera realidad social del pueblo de Bahia.

Con el rejuvenecimiento del tejido urbano, en el Pelourinho ha resurgido la grandeza de las antiguas construcciones coloniales portuguesas de los siglos XVII, XVIII y XIX. Las manzanas restauradas realzan la antigua red de calles, callejones y callejuelas que guardan la memoria urbana trazada en la caligrafía de sus edificios, y configuran la grandiosidad del arte cívico y eclesiástico del pasado. La vista recorre el paisaje del Pelourinho como si se tratase de páginas escritas.

Un espacio reconquistado a la ruina. No hace mucho tiempo que la tristeza vivía en la trémula sombra de sus viejos caserones arruinados. Una ruina social y urbana, que se desvanece en las renovadas fachadas de múltiples colores y en la alegría de los nuevos personajes de sus calles. El *Pelourinho* de la *picota* se ha transformado en el *Pelô*.

Síntesis en imágenes de Bahia, la primera ciudad artística del Brasil, el Pelourinho reestablecido abarca los ojos deslumbrados del visitante. El gran poeta minero Murilo Mendes, declaró al visitar el Pelourinho:

> *Saliendo del antiguo Terreiro de Jesus entramos en unas calles estrechas —de esas innumerables calles pintorescas y vivas de Bahia— y, de repente, surge ante nosotros ese gran centro humano, este silo de imágenes y sensaciones que es el Pelourinho.*
>
> *Las galerías, ventanas y terrazas de los sobrados están todo el día llenos de personas que se mueven, cantan, y gesticulan de forma espectacular.*
>
> *La nota humana y teatral se funden con el mismo plano auténtico: allí lo humano es teatral y lo teatral es humano.*

Así es el nuevo Pelourinho, con sus símbolos y señales. Quienes miran las fachadas de sus caserones de colores vivos encuentran semejanzas con el colorido de una pintura «naïf» o se imaginan ver una ciudad escenográfica. Pero sólo se imaginan. Aunque es cierto que no se pudo conservar el alma interior de los viejos edificios, adaptados a las nuevas funciones comerciales, no hay que pensar que sólo se restauraron las fachadas. La intervención física en el área contempló la revisión y reforzamiento de los cimientos, la reforma y/o cambio de las estructuras precarias, la instalación de las redes de agua y desagües, la instalación de la red eléctrica subterránea y de una iluminación adecuada con la época colonial, la instalación de líneas telefónicas, de equipamientos especiales para prevenir los

incendios y la recuperación completa de los inmuebles, incluida la restauración de las fachadas. En cuanto a la variedad del fuerte colorido de las fachadas, los arquitectos llegaron a sugerir que había que pintar todas las casas de blanco y que, con el pasar de los años, la humedad, el moho y las otras consecuencias del tiempo le darían una pátina envejecida, más acorde con las viejas cosas del pasado. También se sugirió que, en pos de una mayor autenticidad arquitectónica, se dejara al libre arbitrio de cada habitante o inquilino el color de la fachada dictado por la espontaneidad de su idea personal. Unas sugestivas ideas que, en su libro «Notícias da Bahia - 1850», el etnólogo y fotógrafo Pierre Verger, Ojú Obá, dictamina dudosas en el uso del color en el paisaje del Pelourinho: *Las fachadas de los sobrados se pintan de colores vivos, conservando la mampostería cenicienta alrededor de las puertas o ventanas, o bien se cubren con azulejos traídos de Portugal.* (Verger, P., 1981).

Un espacio abierto y plural, el Pelourinho restaurado se convirtió en uno de los centros culturales más dinámicos de la ciudad, en un lugar de encuentro comunal que posibilita que los valores étnicos-culturales reaparezcan, sobre todo, en un movimiento de reafirmación de la identidad negra, de sus tradiciones culturales, principalmente de sus manifestaciones musicales. Junto a diversas organizaciones culturales y políticas de la raza negra (UNEGRO, SITOC, Sociedade Protetora dos Desvalidos, esta última fundada ya en 1832, todavía en tiempos de la esclavitud), se han establecido en el área del Pelourinho grupos musicales de inspiración afro (Ylé Ayé, Muzenza, Araketu) que seguro vigilarán para que no se repitan los procesos de marginación de negros y mestizos. También se han establecido en este área los grupos Filhos de Gandhi y Olodum, anteriormente éste con los innovadores rataplanes de sus enormes tambores tricolores, y hoy una organización de fama internacional. Recientemente, se han instalado también varios grupos de samba-reggae, música de influencia jamaicana.

Para la nueva generación de jóvenes negros que vienen de los barrios pobres de la ciudad y que circulan con orgullo en las *Terças-feiras da Bençâo, en los ensayos del Olodum, o en la Levada do Pelô*, ataviados en un estilo neo-africano, el Pelourinho, o el *Pelô* —el nombre cariñoso con que denominan el lugar—, se ha convertido en el centro geográfico y simbólico de la nueva negritud.

Ante las nuevas realidades del Pelourinho restaurado, que ya no se reduce al Largo donde un día viviera Quincas Berro D'Água, sino que es una zona mucho más extensa desde el Terreiro de Jesus hasta la Praça dos Quinze Mistérios, más allá del Convento do Carmo, el Profesor Milton Santos ha declarado recientemente: «*El Pelourinho, símbolo de un área más amplia, se ha transformado en la verdadera ágora de la Ciudad de Salvador, donde por fin las clases pobres tienen voz. Porque aunque son cánticos, mañana pueden ser reclamaciones, discursos políticos, para iniciar el discurso de la ciudad que hemos de elaborar*». (Santos, M., 1995).

Lugar de viajes y permanencias, de construcciones y ruinas, de vivencias y memorias, *el Pelourinho de la* picota *se ha transformado en el Pelô, en Patrimonio de la Humanidad, en el* ágora *de la Ciudad de San Salvador de Bahia de Todos los Santos (y Orixás).* Cambiando las palabras de Lewis Munford, podemos decir que: Por medio de

sus edificios y estructuras institucionales durables y de las formas simbólicas aún más duraderas de la literatura y del arte, el Pelourinho une épocas pasadas, épocas presentes y épocas futuras. Dentro de este escenario histórico el tiempo choca con el tiempo: el tiempo desafía al tiempo.

El Pelourinho es una ciudad dentro de otra ciudad, o más que eso, como expresa el tantas veces citado Prof. Milton Santos: «*El Pelourinho es uno de esos lugares que es un mundo ...*»

BIBLIOGRAFÍA

Amado, Jorge (1977): *Bahia de Todos os Santos: Guia de ruas e mistérios*, 27ª edición, Rio de Janeiro, Record.

— (1987): *Os Pastores da Noite*, 43ª edición, Rio de Janeiro, Record.

— (1987): *Capitães de Areia*, 65ª edición, Rio de Janeiro, Record.

— (1995): *Jubiabá*, 53ª edición, Rio de Janeiro, Record.

— (1990): *A Morte e a Morte de Quincas Berro D'Água*, 62ª edición, Río de Janeiro, Record.

Azevedo, Thales (1969): *O povoamento da Cidade do Salvador*, Salvador, Itapuã.

Bahía/SEC/FPACB (1969): *Levantamento Sócio-Econômico do Pelourinho*, Salvador, Fundaçao do Patrimônio Artístico e Cultural da Bahia.

Brasil, Assís (1990): *Nassau: Sangue e Amor nos Trópicos*, Rio de Janeiro, Rio Fundo.

CECEAB/Faculdade de Arquitectura/UFBA (1980): *Evoluçâo Física de Salvador*, Salvador, Centro Editorial e Didático da UFBA.

Calvino, Ítalo (1991): *As Cidades Invisíveis*, São Paulo, Companhia das Letras.

Carneiro, Edison (1908): *A Cidade do Salvador (1549): Uma reconstituiçâo histórica*, Rio de Janeiro, Jul.

Félix, Anisio (1995): *Pelo Pelourinho*, Salvador, EGBA.

Filgueiras, Gomes M.A. de (org.) (1995): *Pelo Pelô: História, Cultura e Cidade*, Salvador, Editora da Universidade Federal da Bahia.

Freitas, Décio (1976): *InsurreiÇôes Escravas*, Porto Alegre, Movimento.

Fundação cultural do estado da Bahía (1954): *Pelourinho: Centro Histórico de Salvador-Bahia. A grandeza restaurada*, Salvador, Fundação Cultural.

Mattos, Gregório de (1976): *Poemas escolhidos*, São Paulo, Cultrix.

Mattoso, Kátia M. Q. (1982): *Ser escravo no Brasil*, São Paulo, Brasiliense.

Munford, Lewis (1991): *A Cidade na História, suas origens, transformçôes e perspectivas*, São Paulo, Martins Fontes.

Oliveira, Waldir F. (1994): «isão Histórica do Pelourinho», en Fundaçâo Cultural do Estado da Bahia: *A Grandeza Restaurada*, Salvador, Fundação Cultural do Estado da Bahia.

Pechman, R. M. (1994): *Olhares sobre a Cidade, Rio de Janeiro, Editora da UFRJ*.

Santos, Milton (1959): *O Centro da Cidade do Salvador*, Salvador, Progresso.

— (1995): «Salvador: Centro e Centralidade na Cidade Contemporânea», en Filgueiras, Gomes M.A. de (org.): *Pelo Pelô: Histórias, Cultura e Cidade*, Salvador, Editora da Universidade Federal da Bahia.

Sitte, Camilo (1992): *A construçâo das Cidades segundo seus princípios artísticos*, São Paulo, Ática.

Verger, Pierre (1981): *Notícias da Bahia - 1850*, Salvador, Corrupio.

Viehene, Luis S. (1969): *A Bahia no século XVIII*, Salvador, Itapuã, 3 v.

RESUMEN

De picota a ágora. Las transformaciones del Peolurinho (Salvador, Bahía, Brasil). El artículo estudia las transformaciones sufridas por el casco histórico —el Pelourinho— de la ciudad brasileña de Salvador de Bahía, desde su nacimiento a mediados del siglo XVI hasta su situación actual, tras la rehabllitación reciente que la ha convertido en uno de los centros turísticos mas importantes de Brasil, sin que se hayan perdido sus características históricas y monumentales más significativas.

Palabras clave. Pelourinho. Salvador. Brasil. Rehabilitación. Turismo.

ABSTRACT

From picota a agora. Changes in Pelourinho (Salvador, Bahia, Brasil). The paper review changes suffered by Pelourinho, the historical center of the city of Salvador de Bahia, en Brazil. The area has evolved since the foundation at around 1550 and nowdays has become one the most important turistic areas im Brazil, after its recent renewal that has kept its historical and outstanding features.

Key words. Pelourinho. Salvador. Brazil. Renewal. Turism.

RÉSUMÉ

De pilori à agora, les transformations du Pelourinho (Salvador, Bahía, Brésil). L'article étudie les transformations subies par le centre historique —le Pelourinho— de la ville brésilienne de Salvador Bahía depuis sa naissance vers la moitié du XVI^{ème} siècle jusqu'à la situation actuelle, après la récente réhabilitation qui a fait qu'elle devienne un des centres touristiques les plus importants du Brésil, sans pour cela avoir perdu ses caractéristiques historiques et monumentales plus significatives.

Mots clé: Pelourinho, Salvador, Brésil, Réhabilitation, Tourisme.